

## El hombre del lienzo

Edgar vivía solo en un estudio que olía siempre a óleo, trementina y polvo. El espacio era estrecho, apenas una cama, una mesa y paredes cubiertas de lienzos apoyados contra el suelo. Afuera, la ciudad hacía su ruido habitual, pero él prefería escuchar el tic-tac pausado del reloj de pared y el roce de su pincel. Hablaba poco; su mundo estaba lleno de colores y trazos, no de palabras. Pocas personas lo conocían para saber que, bajo esa calma aparente, había una atención obsesiva por los detalles, como si temiera que algo pudiera escapar de su mirada.

No tenía visitantes. Sus únicos interlocutores eran los personajes que pintaba: bodegones, paisajes urbanos y retratos inventados. Los conocía de memoria. Por eso, una madrugada, al regresar con una bolsa de café y encender la lámpara, lo invadió una sensación fría. En una naturaleza muerta que pintó hacía meses —un jarrón azul, una mesa y un mantel arrugado— el jarrón había desaparecido. En su lugar había una silla vacía.

Frunció el ceño, acercó la cara al lienzo y acarició la superficie con la yema de sus dedos. No había señales de repintado; la textura era uniforme, como si la silla hubiese estado allí desde el principio. Pensó que era un lapsus, el cansancio deformando su recuerdo. Simplemente se fue a dormir.

A la mañana siguiente, la silla ya no estaba vacía. Una figura difusa, sin rostro definido, ocupaba el asiento. El corazón de Edgar golpeó más fuerte, pero buscó una explicación racional: ¿acaso estaba mezclando cuadros en su cabeza?

Los días siguientes lo inquietaron más. Los rostros sonrientes de sus retratos aparecían serios o de mirada vacía. Cielos soleados se volvían grises y nublados. Objetos cambiaban de lugar: un libro abierto que antes estaba cerrado, una taza volcada que antes estaba intacta. Y en varios cuadros, siempre en un rincón, aparecía una figura alta con sombrero, de espaldas. Al principio era pequeña, apenas visible. Con el paso de las noches, se acercaba más, invadiendo cada uno de sus lienzos.

Edgar intentó cubrirlos con sábanas, pero al destaparlos, los cambios aun así siguieron y continuaron. Una madrugada despertó con las manos manchadas de pintura seca de colores que no usaba: ocre quemado, verdes oscuros y un negro profundo que parecía absorber la luz. Buscó huellas en el suelo o pinceles fuera de lugar, pero no encontró nada.

El insomnio comenzó a consumirlo. La idea de que alguien o algo alteraba sus obras mientras dormía se volvió insoportable. Así que, una noche, decidió esperar.

Se sentó frente a su cuadro más grande, una escena urbana que había pintado con luz dorada, y dejó la lámpara encendida. El reloj marcó las 3:16 a. m. cuando oyó pasos. Lentamente, desde la profundidad del cuadro, la figura de sombrero emergió, cruzando la frontera del lienzo como si atravesara un velo de agua.

Donde debería estar su rostro, solo había una superficie lisa y tensa, idéntica a la tela de un lienzo nuevo. Bajo ciertas sombras, parecía que algo se movía debajo, intentando formar una expresión que nunca se completaba.

Al acercarse, el aire se volvió frío y pesado. El olor a óleo envejecido y madera húmeda llenó la habitación. Se detuvo frente a Edgar y le tendió el pincel. No dijo nada. No necesitaba hacerlo. La luz parpadeó. Un frío repentino le recorrió la piel.

A la mañana siguiente, el estudio estaba vacío. Sobre la pared principal, apoyado en el caballete, había un cuadro nuevo: un autorretrato perfecto de Edgar, pintado desde un ángulo imposible, con un sombrero en la cabeza y los ojos convertidos en manchas oscuras que parecían observar al espectador. Siempre fue algo irreal y del mundo pictórico.

Amalia Lara Sánchez  
Cuarto de media